



Ser Martí en los tiempos actuales

—Entrevista con el máster en Pensamiento Filosófico Leonardo Pérez Leyva, quien nos revela su visión del Apóstol/ en el aniversario 162 del natalicio.

■ Por Leslie Díaz Monserrat
■ Foto: Ramón Barreras Valdés

PUEDO presentarlo como el profe y evitar así los protocolos. Con Leonardo Pérez Leyva aprendí mucho sobre la vida de José Martí. Me sentaba en el fondo del aula 14 de la Universidad Central y lo escuchaba con detenimiento. A veces, hasta me daba el lujo de contradecirlo en un diálogo interno que nunca lo gré exorcizar.

Ahora lo recibo en su condición de presidente de la filial villaclareña de la Sociedad Cultural José Martí.

Cuando me dijo que había llegado un poco tarde a la obra del más universal de los cubanos me sorprendí. Se acercó al Apóstol durante sus años de estudio y enfocado en la arista filosófica de la producción intelectual martiana.

Después lo leyó todo, o casi todo lo humanamente posible. «La obra completa del Maestro

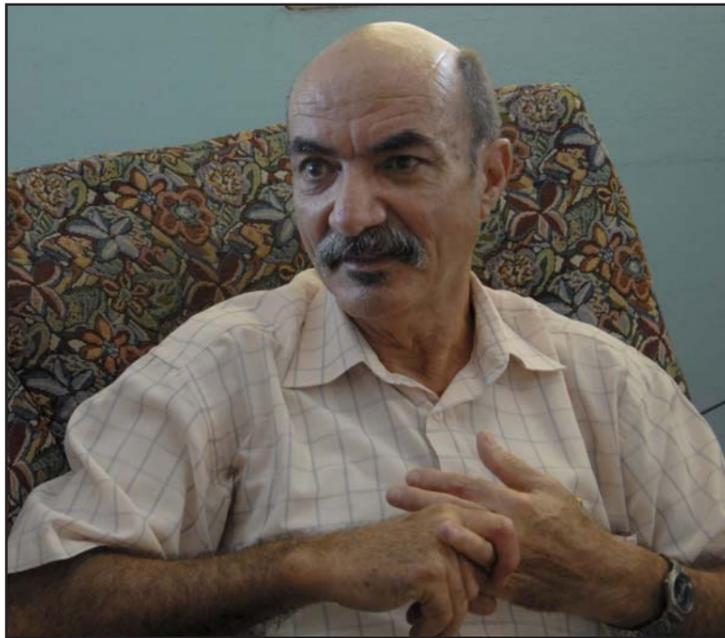
está recogida en 28 tomos, el último contiene artículos, cartas, documentos escritos por él y que antes no se habían recopilado. La edición crítica ha añadido cerca de 500 nuevos documentos, muy interesantes», precisó.

A veces me pregunto cómo Martí pudo escribir tanto en tan poco tiempo, apenas 42 años de vida, pero Leonardo no me permite distracciones y capta mi atención con sus mañías de pedagogo. Empieza a hablar de las «Escenas norteamericanas».

«Un aspecto que debe estudiarse más, incluso desde la investigación científica», aclara antes de explicarme la importancia de este tema en los tiempos actuales.

«Martí es reconocido como el intelectual que mejor conoció y reflejó, en su época, la sociedad norteamericana. Hizo una valoración muy completa de la realidad estadounidense del momento. Le señaló los elementos positivos. Luego, nos dejó el testamento político en su carta a Manuel Mercado. Allí nos advierte sobre el peligro que representaban los Estados Unidos para Cuba y América Latina».

Con cierto entusiasmo el profe llegó a su tema preferido: la filosofía de José Martí. Entonces, recordé



las discusiones encendidas en el aula.

«En mi criterio, sí hay una filosofía en Martí —asegura—. Él tuvo una preparación filosófica, se graduó como licenciado en Filosofía y

ejerció la docencia en Guatemala. Su preparación era muy seria. No se dedicó a escribir filosofía a la forma tradicional. Sin embargo, toda su obra constituye una concepción filosófica de largo alcance que debe

ser asimilada. De hecho, sobre esos principios se funda nuestra Revolución.

«Aspiraba a la construcción de la nueva sociedad con todos y para el bien de todos. En Fidel Castro encontramos al más aventajado discípulo de Martí. Las conquistas revolucionarias evidencian su profundo carácter martiano».

Para Leonardo, nuestro Héroe Nacional se trasluce como un hombre de una sensibilidad exquisita, un ser que se entregó por completo a ese pueblo que lo ama. «Lo veo como un médico del alma».

Durante la conversación hasta nos dimos el lujo de imaginarlo en su época. Incluso, pensamos cómo sería José Julián Martí Pérez si viviera en nuestra realidad.

«Si estuviera aquí y ahora, sería consecuente con su pensamiento. Nos exhortó a entender qué parte nos corresponde en la obra del mundo, y nos convocó a hacerlo bien. Cada cubano que cumpla su deber, es un Martí de los tiempos actuales».

Tiene razón. Esta vez no lo contradigo como en mi época de estudiante, solo le doy las gracias por todo lo que me enseñó.

TRIQUITO, UN VECINO PECULIAR

■ Texto y foto: Yariel Valdés González

En la comunidad cifuentense de Braulio Coroneaux vive Triquito, un gallo extraordinario que sigue al pie de la letra cada una de las orientaciones de su dueña, y ha cautivado con sus peripecias a los habitantes de este poblado de Villa Clara.



Triquito con su mamá-dueña.

CUANDO uno lo ve desde la distancia parece uno más de su especie. Aletea, picotea la tierra, canta en los amaneceres. En su físico nada sobresale: estatura mediana, ojos carmelitas; plumaje vistoso, pero no extraordinario; cresta en su lugar... A Triquito nada le sobra ni le falta.

Sin embargo, al verlo de cerca y en acción, uno comprende la insistencia de los lugareños por apreciar el espectáculo que protagoniza este animalito, tal vez el único *Gallus gallus domesticus* capaz de realizar todos los retos que su dueña le impone.

Actúa sin escenario y al aire libre en los alrededores del edificio número 1, en la comunidad de Braulio Coroneaux, perteneciente al municipio villaclareño de Cifuentes. Allí, en el primer piso, apartamento 3, tiene su casa este *sui generis* gallo.

Su dueña, Noralia Fernández Mirabal, lo llama como si fuera uno más de sus hijos: «Ven con mami, Triqui», y él corre hacia ella como un perro amaestrado. «A ver, saca la patita pa'lante, como le gusta a mami, pa' la foto», le ordena. Y él se queda inmóvil, erguido, como «congelado» sobre sus patas, en pose perfecta. «¡Qué lindo, mi vida, qué lindo!», lo elogia.

«Lo más insólito —narra Noralia— es que Triquito no se aparee con gallinas, sino con chancletas. A las gallinas las invita y come con ellas, pero cuando va a 'recoger', las obvia y va en busca de zapatos».

Para comprobarlo, alguien deja caer una «Dupé», y tras ella se moviliza ágil Triquito. Comienza el segundo acto. Le da unos picotazos. Aproxima sus plumas a las ligas de la chancleta. Desesperado, empieza a rasparla con patas y espuelas. Se engrifa todo. Su cuerpo da signos de satisfacción y luce inmenso. En pleno proceso de «apareamiento» aparecen más espectadores que, impresionados por la escena, solo atinan a reírse.

Al parecer, no perpetuará su linaje, pues nunca se ha apareado con una hembra de su especie. «Pensamos que como se crió dentro de la casa, por eso no se acerca a las gallinas», justifica su dueña.

Ahora Noralia le dice que es hora de dormir: «Quédate

ahí, como muerto», y él baja la cabeza hasta que el pico le roza con el asfalto. Flexiona sus patas y permanece inclinado hacia adelante, como si reverenciara al grupo de espectadores. Hasta que Noralia indica que ya concluyó el tercer acto, Triquito no retorna a la normalidad.

—¿Quién le enseñó a hacer todas esas cosas?, preguntó a Noralia, en medio de los aplausos.

—Todos. Mi esposo, mi suegro, el vecino de enfrente; Orlandito, quien también tiene paciencia para sentarse por las tardes con él, cuando viene del campo. El animalito es muy manso; sin embargo, no le gusta mucho que lo carguen, prefiere estar suelto.

UNO MÁS DE LA CASA

Cuenta Epifania, la «abuela» de Triquito, que desde pequeño vivió en la casa, donde anda a sus anchas. Pasea por cada rincón y le encanta acostarse en la cama de Noralia por la mañana, cuando esta se levanta, sobre todo, si recibe la brisa del ventilador.

Como uno más de la familia, tiene su cuota de arroz, que es lo que más le gusta. «Le damos maíz, pero el arroz crudo lo devora enseguida», dice Isabel, una de las «hermanas».

Con 11 años cumplidos, ya superó la expectativa de vida de su especie, ampliamente distribuida por todo el mundo, pues suelen vivir entre cinco y diez años, en dependencia de la raza.

Como todo animal, hace sus travesuras, refiere Noralia. «En una ocasión pusimos un cake encima de la cama. Ese día yo había lavado y dejé la ropa allí para doblarla, y el cake, en una esquina. Cuando salí dejé la puerta entreabierta. Me había olvidado de él. Al regresar, allí estaba, caminando por todo el cake y mirándose en el espejo de la puerta del escape. Había dulce por todas partes».

Y como hay momentos divertidos, también los hay menos simpáticos. A Noralia ahora le viene a la mente el día en que unos «graciosos» lo pelaron: «¡Solo le dejaron la pluma larga de la cola! Estuve llorando una semana, por poco me enfermo. Nunca supe quién fue, después no me interesó, pero estuve sufriendo hasta que le salió la última plumita».

Mientras escuchaba las anécdotas de Noralia, Triquito caminaba confiado por su barrio. Pero luego de tanta algarabía, cámaras y público, bien se merecía un descanso, ¿no?. Despojado de su coraza de artista, comenzó a picotear en un cantero. Cualquiera diría que es un gallo como otro cualquiera.